

EL PARÍS DE LE CORBUSIER

José Ramón Alonso Pereira, Editorial Reverté, Barcelona, 2015.

321 págs.

ISBN 978-84-291-2098-1

Entre todos los lugares que recorrió durante su cosmopolita periplo vital, el intelectual vienesés Stefan Zweig no dudó en dedicar los más encendidos elogios a la ciudad de París que le acogió en 1904, recién terminados sus estudios. Aquel París “que tenía y daba alas” (Zweig, *El mundo de ayer*, 1943), retratado como la ciudad más libre y abierta de Europa, fue también el lugar al que arribó cuatro años más tarde, en la primavera de 1908, un joven Le Corbusier, por entonces todavía Charles-Édouard Jeanneret. Rastrear las múltiples vertientes de las relaciones entre la ciudad y el arquitecto, revisitando París para comprender a Le Corbusier y examinando a Le Corbusier como excusa para estudiar París, es el objetivo del libro *El París de Le Corbusier*, un denso trabajo de investigación en el que las pistas textuales se combinan con abundantes fotografías y gráficos para, gracias a una cuidada edición, arrojar nueva luz sobre el arquitecto más renovador del siglo XX. Como se justifica en la introducción, aquel París fue la ciudad real que crecía a la vez que se orientaba la trayectoria y concretaban los proyectos más utópicos del arquitecto, el París que fascinó al joven Le Corbusier pero que con los años fue también el destino de algunas de sus propuestas de transformación más radicales, en suma el París de un tiempo histórico frente al París que podía servir como espacio para la anticipación del futuro.

Para abordar estas y otras relaciones duales, el ensayo redactado por José Ramón Alonso Pereira, catedrático en la Escuela de Arquitectura de A Coruña, plantea un recorrido en el que la experiencia vital del arquitecto se inserta en la evolución de una ciudad que trasciende y va mucho más allá de la mera condición de un telón de fondo para su residencia y actividades. A la hora de abordar esta panorámica sobre la formación y proyectos de Le Corbusier desde el escrutinio de una detallada visión urbana, el autor profundiza

en argumentos que parcialmente había anticipado en distintos trabajos anteriores, en los que ya se apuntaba la relación del arquitecto con sus lugares vitales o los contextos que rodearon la preparación de sus proyectos urbanísticos: “Le Corbusier y París, 1908-1909, percepciones y descubrimientos” (2009), “El Centro Pompidou y el sentido Corbuseriano del lugar” (2011), “35 rue de Sèvres, Le Corbusier y sus contextos” (2012), “Los dioramas de Le Corbusier” (2013), “La maison cachée de Le Corbusier, habitat y habitar en rue Jacob, 1917-1934” (2014), “Le Corbusier 24NC, un fragmento habitado de la Ville Radieuse” (2014), o “Le Corbusier y el descubrimiento del ocio” (2014). Fruto por tanto de un trabajo de investigación de larga trayectoria, concretado en los últimos dos años, el libro se nutre de fuentes documentales, en especial las procedentes de la Fundación Le Corbusier, para combinar estos textos con la lectura como fuente de la propia ciudad de París, sus trazados, espacios y arquitecturas, dispuestas frente al espejo de los proyectos de Le Corbusier y su recepción crítica.

Tras un necesario preámbulo sobre los años de formación en La Chaux de Fonds, la primera parte del libro, “El París de Édouard: los descubrimientos”, presenta los pormenores del paisaje metropolitano que se desplegó ante los ojos fascinados del recién llegado. La recuperación de las primeras impresiones visuales, en una suerte de arqueología de las miradas, se completa con los movimientos y actividades formativas durante aquella primera estancia de 20 meses, extendida desde 1908 a 1909. La capital del siglo XIX, la ciudad que todavía marcaba las pautas estéticas y tendencias culturales en plena explosión hedonista de la *Belle Époque* y el *Art Nouveau*, supuso para el joven Édouard toda una incitación a trabajar, renunciando a la evasión bohemia o a los sueños perdidos en el arte del pasado. La

búsqueda de un nuevo arte basado en principios de lógica, verdad y honestidad, según escribía recién instalado en París en una esclarecedora carta de 1908 a su antiguo maestro L'Eplattenier, orientó los pasos de un Édouard que no mostró interés por acercarse al exitoso Hector Guimard, y sí en cambio por emplearse con los hermanos Perret, con quienes descubriría las posibilidades técnicas y formales del hormigón. Las vistas a Notre Dame que tanto apreció en sus primeros alojamientos, así como la vigencia de la tradición clasicista y las opciones monumentales en la arquitectura francesa de aquellos años, son interpretadas como las únicas concesiones nostálgicas en una mirada que pronto fue capaz de seleccionar los aspectos más impactantes de la modernidad encarnados por los progresos de los ferrocarriles y automóviles, las exhibiciones aeronáuticas, o la nueva faz nocturna desvelada por el alumbrado artificial.

En la segunda parte, "El París de Jeanneret: los diálogos", la segunda instalación parisina de Le Corbusier se inicia bajo un cariz bien distinto, al coincidir su llegada a comienzos de 1917 con el ambiente de una ciudad amenazada por la contienda bélica, con las bombas que todavía llegaban a caer sobre sus barrios en el tramo final de la Gran Guerra. Terminada la guerra, esta decisiva etapa se analiza desde la valoración del efecto catalizador que ejercieron la energía, dinamismo y cambios de una gran metrópolis moderna, la que el joven Le Corbusier había elegido ya como su predilecto y definitivo marco vital. Aunque a su llegada declarara que su profesión era la de "artista-pintor", las oscilaciones y dudas entre su doble carrera como artista plástico y arquitecto no pueden despegarse de los progresos de una ciudad que veía avanzar tendencias de la modernidad como la sociedad de masas, la racionalización del trabajo, la producción industrial o la sociedad de consumo, pero que paralelamente mantenía aquella condición de centro del mercado artístico bien asentada desde el siglo XIX. Así, aunque el pintor que firmaba como Jeanneret iniciara sus primeros contactos con las vanguardias gracias a su amistad con Ozenfant, su curiosidad por las exploraciones de De Stijl o la Bauhaus no descuidó, más bien fertilizó, su otra vocación como arquitecto, según la condición que hacía constar en su papel de cartas,

junto a la mención de especialista en hormigón armado.

Para cumplir su sueño de vivir y trabajar en París Le Corbusier repartió sus movimientos entre la casa-apartamento de la rue Jacob, en la que residirá desde 1917 a 1934, y el *atelier* en la rue Sévres, donde estableció su estudio al público y trabajó desde 1924 con su primo Pierre Jeanneret. Su interés por la arquitectura permite verificar que sus primeros estudios, desde *La Construction des Villes* a su sistema *Dom-ino*, tuvieron continuidad en una decidida orientación hacia la búsqueda de soluciones universales, ensayando propuestas en las que París servirá como tablero de juego para afrontar los retos urbanos más acuciantes. De acuerdo con los datos analizados en el libro, el crecimiento de población de una ciudad que alcanzará en los años veinte los 3 millones de habitantes, en gran medida por la emigración desde las zonas rurales, intentaba ordenarse gracias a la ley de 1919 que abrió el camino para la ocupación y expansión a partir de las zonas de las ya inútiles fortificaciones del cinturón de Thiers. Asistiendo a aquella evolución hacia el *Grand Paris*, objeto de diferentes planes pero finalmente resuelta con insatisfactorias y aisladas actuaciones sobre vivienda, transportes o equipamientos, Jeanneret propondrá su modelo de *Ville Contemporaine* (1922), una alternativa de urbanismo para corregir la crisis de vivienda, los desequilibrios centro-periferia o la creciente instalación de industrias en la *banlieue*. Sus propias experiencias vitales como habitante de ese *Grand Paris*, al comprobar la inapelable necesidad de los medios de transportes o las diferencias entre la ciudad de los negocios y la actividad económica de la *rive Droite* frente a la ciudad de la cultura y el descanso de la *rive Gauche*, no pueden desvincularse de sus primeras reflexiones urbanísticas.

En este marco conceptual de los diálogos con la gran ciudad en transformación, otros apartados del libro abordan los intereses estéticos de Le Corbusier en relación con el purismo y *L'Esprit Nouveau*, desarrollados en paralelo a su admiración por el maquinismo y su convicción acerca del papel del urbanismo como campo de batalla para el arte del futuro. Desde este entrecruzamiento de opciones estéticas y reflexiones

arquitectónicas se contextualizan los elementos gestados en el creativo ambiente de aquellos años, como los cinco puntos para la nueva arquitectura, la obsesión por los cerramientos de vidrio, tomando como precedente la *Maison du Verre* de Pierre Chareau (1926), las cubiertas en terraza, de nuevo a partir de modelos parisinos como algunos edificios de Perret o los proyectos de casas de vecindad de Henri Sauvage, o las zonas verdes a pie de casa, ahora en relación con la creciente promoción de los deportes y la vida saludable tras los padecimientos de la Gran Guerra. La dinámica de construcción de viviendas baratas en la periferia, con el papel protagonista asumido por las promotoras inmobiliarias, fue otro acicate para las primeras propuestas de viviendas unifamiliares y plurifamiliares, planteadas a comienzos de los años veinte para cubrir las aspiraciones de higiene y confort por entonces reservadas para una minoría. Otros grandes cambios de aquella misma etapa, como el disfrute del ocio y la revolución de los transportes con la expansión de las redes de metro y ferrocarril, pero sobre todo la explosión de los automóviles, fueron igualmente percibidos por Le Corbusier como nuevas exigencias para las ordenaciones y paisajes urbanos de la modernidad.

Finalmente, la tercera parte del libro, "El París de Le Corbusier: las propuestas", nos presenta el tiempo de un Le Corbusier de madurez, que ya ha abandonado la dualidad de firmar Jeanneuret como pintor y Le Corbusier como arquitecto. Son los años en los que, tras tramitar con total coherencia su nacionalidad francesa, despliega la mayor actividad en la difusión de las ideas más provocadoras de su ideario arquitectónico, a través de conferencias, artículos y libros. Pese a sus cada vez más numerosos viajes, Le Corbusier continúa radicado en París, abriéndose esta nueva etapa con el cambio de residencia verificado en 1934 al estrenar el apartamento-taller de Porte Molitor, el lugar donde vivirá y trabajará hasta su muerte.

El análisis de las propuestas arquitectónicas y urbanísticas arranca necesariamente de hitos referidos a la anterior etapa, como se demuestra mediante la consideración del pabellón de *L'Esprit Nouveau*, levantado en el recinto de la Exposición Internacional de Artes Decorativas de

1925, no sólo como un manifiesto de la nueva arquitectura sino también del nuevo urbanismo, al acoger los planos y vistas de un *Plan Voisin* que se exhibió mediante el dispositivo de los dioramas tan arraigado en la cultura visual de los parisinos. Este mismo plan sirve para corroborar la prioridad de unos proyectos urbanísticos que han transmutado el amor por la ciudad en un no menos intenso deseo de destrucción, planteando la transformación radical y metamorfosis que París necesitaba para convertirse en la gran metrópolis del siglo XX. Los principios de un urbanismo racional y funcional, aplicados desde la célula básica de la vivienda como máquina de habitar y expandidos para solucionar a gran escala, para millones de habitantes, las necesidades de vivir, trabajar y ocio en contacto con la naturaleza, no dudan ya a la hora de organizar los nuevos modos de vida colectiva, sacrificando incluso preexistencias como las edificaciones más insalubres de la *rive Droite*. Las exigencias del *Plan Voisin* para reconstruir un centro urbano que no podía ser trasladado, preservando los grandes monumentos y plazas históricas, se retomarán en planes posteriores, siempre centrados en París, como los elaborados en 1937 y en 1959, demostrando que Le Corbusier nunca dejó de trabajar y pensar en la transformación de la ciudad más querida y determinante para su trayectoria.

Sin perder nunca de vista esas constantes referencias a París, en planes como la *Ville Radieuse* o el mencionado *Plan Voisin* se estaban proponiendo ya los prototipos para los bloques de viviendas colectivas y los rascacielos de oficinas concretados durante los años treinta, dos de las tipologías destinadas a presentarse como signos de la "ciudad de los nuevos tiempos". En esa misma línea, el libro incide acertadamente en la valoración del edificio de Porte Molitor, en el que Le Corbusier vivió y trabajó hasta su muerte, como la consecución de un fragmento de la *Ville Radieuse*. Este apartamento entre medianeras integraba vivienda familiar, taller de pintura y área de estudio, pero sobre todo acercaba y hacía viables los nuevos ideales urbanísticos gracias a los espacios para vida al aire libre y deportes del Bois de Boulogne y las cercanas piscinas Molitor. El resto de las realizaciones parisinas de esta etapa se vieron desplazadas hacia las afueras,

como el Pabellón Suizo de la Cité Universitaire o la Cité Réfuge de Cantagrel, evidenciando en su condición de piezas aisladas y periféricas el rechazo oficial a los proyectos más radicales para la renovación del centro urbano.

Todo este panorama vital e intelectual, desde los movimientos entre los lugares de residencia y trabajo a la concreción y materialización de las propuestas arquitectónicas, remata en los últimos años de Le Corbusier con la amargura por el deseo incumplido de ver construida en París una de sus *Unités d'habitation*. Fue la constatación de otra de las dualidades en su relación con una ciudad que siempre le fue esquiva en cuanto a encargos oficiales para su tejido más central, consolidado y representativo. Sin embargo, de acuerdo con el análisis histórico de José Ramón Alonso Pereira el tiempo depararía una inesperada reparación. A finales del mismo año 1965 en que falleció Le Corbusier daban comienzo las

expropiaciones en el sector de Les Halles, cuyo plan de ordenación se aprobó en 1970 y abrió las puertas para la ubicación en el Beaubourg, en el corazón de la *rive Droite*, del Centro Pompidou. Inaugurado en 1977, tal como concluye este exhaustivo libro sobre el París de Le Corbusier fue el gran inmueble para la transformación del corazón urbano que el arquitecto había soñado pero nunca llegó a ver. En resumen, la inquisitiva dedicación a la historia de la arquitectura sobradamente mostrada en otros trabajos de Alonso Pereira aporta esta nueva indagación para dar respuesta a todas las implicaciones de esta visión sobre un arquitecto que asumió su experiencia vital en París como un compromiso a la hora de habitar y proyectar la ciudad de la luz bajo su personal versión de la *Ville Radieuse*.

Jesús Ángel Sánchez García
Universidade de Santiago de Compostela